

DIÁLOGOS CON OBRAS Y AUTORES

SEMINARIO DE ESTUDIOS DEL OCCIDENTE ANTIGUO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID



En el diván de las lealtades divididas

David García Domínguez

Universidad Autónoma de Madrid

López Barja de Quiroga, Pedro, 2021, *Entre tiranos. La guerra civil de César*, Marcial Pons, Madrid.





Las guerras civiles son crueles. Quienes las sufren lo saben particularmente bien: ya sea por efecto de la polarización ideológica o por obra de la brutalización creciente de los beligerantes, el conflicto interno tiende a ser experimentado como más destructivo y denigrante para los seres humanos que lo sufren.¹ Esta observación ha sido secularmente repetida por los observadores del fenómeno y recientemente reiterada, lo cual hace tanto más sorprendente que la Historia Antigua no se haya preocupado en demasía por la experiencia de las guerras civiles que copan el último siglo de existencia de la república romana. Intuimos que los agentes que las protagonizaron eran seres humanos, aunque nadie lo diría por el modo en que solemos representar su comportamiento: las más de las veces, estos curiosos individuos actúan de forma mecánica, arrastrados por tres fuerzas aparentemente irresistibles, a saber, sus deudas de gratitud, su «fanatismo» y/o su inveterado apetito de poder y recompensas materiales.² «Nuestros romanos» no experimentan la guerra; no sienten miedo ante los peligros que esta plantea ni se cuestionan la legitimidad de las causas en conflicto. Somos prisioneros de una narrativa general que, con conceptos cargados como «clientelas» o «ejércitos profesionales», nos obliga a adaptarnos a un canon repetitivo y lleno de prejuicios sobre el comportamiento humano.

Entre tiranos. La guerra civil de César no es un libro más sobre esa guerra civil. Por el contrario, es un intento de sustituir estos tópicos generalistas por las vivencias concretas de la aristocracia romana entre enero del 52 y diciembre del 43, con un breve epílogo que alarga la narración hasta la caída de Perugia en el año 40. Sin margen para la neutralidad, los nobles se vieron obligados a tomar partido en un conflicto que concurría a la sombra del recuerdo de violencias pasadas, lo que añadía un elemento de estrés más a sus atormentadas conciencias. Pedro López Barja recupera sus voces mediante la atenta relectura del *corpus* epistolar de Cicerón, y nos revela una guerra civil nueva y caleidoscópica cuyos beligerantes –ahora sí, seres humanos al uso– se vieron forzados a plantearse sus prioridades en un contexto brutal cuya única certeza era la fragilidad de una República vuelta del revés. El libro se compone de siete capítulos, en los cuales la narración de los hechos se combina con el análisis de los móviles de la aristocracia romana, desde la memoria del pasado (33-46) hasta el miedo (157-163), pasando por las ideologías difundidas por cada una de las partes enfrentadas durante la guerra civil (68-73). Tan solo

¹ S.N. Kalyvas, *The Logic of violence in Civil War*, Cambridge 2006, 33; D. Armitage, *Civil Wars: A History in Ideas*, Madrid 2018, 15-7.

² E.g. P. Jal, *La guerre civile à Rome. Étude littéraire et morale*, Paris 1963, 107-8 (fanatismo hacia el jefe y apetencia de botín); 110-2 (clientelas); J. Harmand, *L'Armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*, Paris 1967, 410-1; 416-7; 442 (apetencia de botín); 422; 425-6; 439; 449 (fanatismo hacia el general, «hipertrofia del sentimiento de grupo» y dependencia patológica de la voluntad del jefe); 445-6 (clientelas); E. Gabba, «L'esercito professionale da Mario ad Augusto», en Id. *Esercito e società nella tarda Repubblica romana*, Firenze 1973, 57-68 (apetencia de botín, dependencia clientelar y «spirito di corpo») [=Athenaeum 29 (1951), 171-272].



los capítulos segundo, sexto y séptimo se apartan de esta estructura general para funcionar, respectivamente, como discusión de fuentes, epílogo y sumario conclusivo. Se trata de una panorámica original y esclarecedora, fruto de la trayectoria académica de un autor que ya ha mostrado con anterioridad su profundo conocimiento sobre el pensamiento, los actos y la recepción contemporánea de Cicerón, así como su capacidad para repensar la crisis de la República desde la crítica de las fuentes y de la historiografía moderna.³ También, por cierto, ha abordado la figura de César desde una aproximación ortodoxa; todo lo cual converge en esta monografía y aporta credibilidad a sus conclusiones.⁴

El libro arranca *in medias res*, con una viva representación de los turbulentos días que siguieron al asesinato de P. Clodio en la vecindad de *Bovillae*, el 19 de enero del año 52. López Barja retrata la furia que recorrió la ciudad; una furia capaz de reducir a cenizas la *curia Hostilia* y la basílica *Porcia*. Por varias razones, este episodio puede ser considerado retrospectivamente como un momento clave en el camino hacia la guerra civil (18-20; 22-3). No menos importante para el devenir del libro, sin embargo, es la exploración que se hace acerca de la polarización ideológica intuida tras del asesinato de P. Clodio. Las heridas en el cuerpo de este, nos dice López Barja, «denunciaban las heridas invisibles que se iban abriendo entre los dos cuerpos, el Senado y el Pueblo, de la híbrida República» (16; *vd.* también 34). Las últimas páginas del capítulo desarrollan este planteamiento, argumentando de forma sugerente que ambas partes –los guardianes de la autoridad senatorial y los adalides de la voluntad popular– sostenían memorias paralelas sobre las convulsiones de la República, recordando a sus respectivas víctimas y héroes con monumentos literarios y escultóricos (34-40). Esta duplicidad memorística, en el caso de confirmarse, permitiría hablar de una paralela duplicidad identitaria que transformaría la textura misma del conflicto cesaropompeyano, definitivo choque entre los herederos de sendas comunidades nacidas del resquebrajamiento del Estado romano (37) y enfrentadas a propósito de «la cuestión política fundamental», a saber, «si Roma debía seguir siendo una aristocracia (...) o convertirse en una democracia» (34).⁵

El capítulo segundo reivindica el valor histórico de las *Cartas* de Cicerón, cuyo epistolario se convertirá a partir de aquí en fuente preferente –aunque en ningún caso exclusiva– del libro que tenemos entre manos: he aquí la justificación de este y la verdadera

³ Sobre lo primero, *vd.* P. López Barja, *Cicerón. Imperio legítimo. El pensamiento político en tiempos de Cicerón*, Madrid 2007; respecto a lo segundo, *vd.* especialmente Id., «Conflicto ideológico y guerra civil en la Tardía República: causa, memoria y miedo», en N. Ruiz de los Llanos; M. Rubio y C. Rieszer (comps.), *XXII SNEC – Ciudadanía y poder político en el mundo clásico. Debates y proyecciones. Libro de Actas*, Salta 2016, 33-48; «*The Bellum civile Pompeianum. The War of Words*», *CQ*, 69.2 (2020), 700-714.

⁴ P. López Barja y R. Cordeiro Macenlle, *Julio César: muerte de una República*, Madrid 2020.

⁵ Este es un tema controvertido, que reafirma la posibilidad de reivindicar en público ideologías y personajes abiertamente contrapuestos a la tradición conceptual *optimata*-republicana (entre las voces en sentido contrario, la más insistente es la de R. Morstein-Marx: *vd.* recientemente *Julius Caesar and the Roman People*, Cambridge 2021, 6-7).



novedad de su enfoque. Previa refutación de la ecuación Polión=Apiano (43-6 y notas 11-12), se pretende poner en primer plano la experiencia indisimuladamente subjetiva de un personaje que participó directamente en los eventos abordados, con todo lo que ello tiene de cambio de paradigma historiográfico. El objetivo no es sustituir la narrativa tradicional por una alternativa igualmente parcial, sino «otorgar cierto crédito a [la] visión personal [de Cicerón]» sobre la guerra civil que pondría término a su propia vida (42). Precisamente en nombre de esta voluntad de humanizar a la fuente y acercarnos a su vivencia, se sustituye sistemáticamente el habitual «Cicerón» por un familiar «Tulio» que, con acuerdo a las convenciones nominales de las propias cartas analizadas, expresa el cariño y la calidez de la proximidad emocional (43). Se plasma aquí, de forma programática, la particularidad que comentábamos al inicio: si el tema del libro es convencional –la guerra de César–, no lo es en absoluto el intento de hacer una narración desde las experiencias individuales y no desde la abstracción totalizadora. Obviamente, esta aproximación solamente puede aplicarse a Tulio y al puñado de personas que se cartearon con él entre 52 y 43. En mi opinión, una de las cuestiones que el libro deja abiertas es precisamente la representatividad de esta experiencia fuera del estrecho círculo de la aristocracia romana.

El capítulo tercero comienza con una discusión del turbulento panorama prebélico, donde el fantasma de la guerra civil se iba haciendo más presente conforme volaban los puentes entre César, por un lado, y Pompeyo y la aristocracia senatorial, por otro. Pronto, algunos correspondientes de Cicerón empiezan a advertir la inminencia del conflicto, y uno de ellos, el equívoco M. Celio Rufo, manifiesta a las claras su disposición a alinearse con César. Lejos de escoger en nombre de sus convicciones, se dispone a actuar en aras de su seguridad y sus lealtades personales (51; 77-8). Aparece de este modo el tema latente del capítulo, a saber, la investigación de los derroteros que guiaron a la *nobilitas* romana a la hora de navegar las procelosas aguas del conflicto interno. Vemos que una parte significativa del Senado no deseaba la guerra, como tampoco un campesinado que –en opinión de Cicerón– «valora[ba] la tranquilidad por encima de todo» (52-3). Sin embargo, el espacio de la neutralidad se fue vaciando conforme los astros enfrentados ejercían su respectiva atracción, una dinámica cruel que obligó a muchos –y a Tulio entre ellos– a tomar decisiones en un clima de miedo a las consecuencias de una elección equivocada (63-5). El capítulo concluye con el análisis de una serie de casos particulares –Polión, Balbo, Matio o Labieno entre ellos– que revelan la variabilidad de las motivaciones observadas entre los correspondientes de Cicerón, desde el ya mencionado miedo hasta la amistad y las relaciones personales, pasando por el propio compromiso ideológico. Esto último, por cierto, da pie a un análisis de la propaganda esgrimida por cada uno de los bandos a la hora de justificar sus actos: según López Barja, «la bandera de César se llamaba *libertad* y la de Pompeyo, desde el 52, *República*» (70). Una vez más, cabe preguntarse cómo afectó la ideología retratada aquí a las opiniones de los estratos menos favorecidos de la sociedad romana, y cómo interactuó con otras preocupaciones más mundanas.



El capítulo cuarto aborda los costes de la guerra para la sociedad romana en general y para la aristocracia senatorial en particular. Las campañas de los años 48 a 45 proporcionan el telón narrativo de fondo; que reserva un considerable espacio para las acciones celebrativas y punitivas que adoptó César, elevado a un poder casi divino por la victoria (106). Se echa en falta a lo largo del capítulo la voz de Cicerón, que tanto había animado la sección anterior: su prolongado silencio público, obligado ante el peligro que la parresía comportaba bajo el dominio de un tirano, reduce el voltaje de las epístolas enviadas y recibidas por el Arpinate; lo que a su vez obliga a López Barja a construir sus argumentos con menos referencias a las *Cartas* y más atención a otras fuentes. Cuando reaparece la experiencia personal de Tulio, el capítulo deja interesantes reflexiones sobre la amargura de la aristocracia dependiente del capricho áulico (88-9) y sobre el modo en que este grupo social se adaptó a la nueva situación (101-7). La sección final, titulada «¡Viva la muerte!» El ejército colonial» es un intento de «cuantificar las víctimas de la guerra de César» (108) mediante una revisión de las cifras parciales ofrecidas aquí y allá por César, Plutarco, Apiano y Dión Casio.⁶ La discusión es apasionante, creativa y muy necesaria – como señala López Barja, la mayor parte de la investigación parece presa de la idea de que la guerra civil entre César y Pompeyo no fue una guerra, sino un proceso aséptico y esencialmente político (109)–. Esta sección plantea preguntas que sería bueno resolver en los años venideros: ¿cómo afectó la sangría descrita por López Barja a las actitudes de aristócratas y plebeyos? ¿De qué forma se creó el estado de opinión preciso para hacer tolerable esta matanza de conciudadanos? ¿Por qué vías conduce este trauma colectivo a la paz augustea, y cómo fue posible que las guerras civiles se prolongaran 15 años más después de este inmarcesible sufrimiento colectivo?

La siguiente sección arranca con el asesinato de César, y progresa hacia las tensiones liberadas por el mismo, que desembocarían en la guerra de Mutina y el asesinato del propio Tulio. Seduce la discusión de los motivos de los tiranicidas en general y de M. Junio Bruto en particular (122-5); y se agradece el retorno de la voz de Cicerón, cuajada ahora de esperanzas en un nuevo amanecer para la libertad y la República (126). Las *Cartas* vuelven a ocuparse de temas polémicos, como la licitud del magnicidio, el destino de los tiranicidas, la vigencia de las disposiciones legales de César o la pertinencia del funeral

⁶ López Barja parte de la menguada talla de las ocho legiones que César desplegó en Farsalia, asumiendo que la falta de correspondencia entre el máximo teórico de c. 42 000 hombres y el número real de soldados desplegados (22 000 según el testimonio del propio César) es un «testimonio indirecto de la cifra de ciudadanos caídos en combate» (110). Este razonamiento permite ofrecer una cifra absoluta de muertos en las legiones cesarianas desde el inicio de los combates: 20 000 hombres, a los que deberían sumarse las desconocidas bajas en cuerpos no ciudadanos. El siguiente paso es asumir una cifra de muertos algo superior entre las tropas pompeyanas, para sugerir que Roma habría perdido unos 60 000 hombres en los veinte meses que transcurrieron entre el estallido de la guerra y la batalla de Farsalia: 3 000 hombres al mes, una cantidad brutal de bajas que, de haberse sostenido en el tiempo, podría apuntar hacia un total de c. 160 000 caídos en combate (¡sólo en combate!) en los años transcurridos entre 49 y 45 a.C.: casi un 16% del total del censo estimado para la época (110-1).



público que se resolvió tributarle. A través de los ojos de Cicerón observamos cómo se recorre el camino hacia una nueva guerra civil, que se abre paso conforme se agrieta la unidad entre los cesarianos. La entrada en escena de Octavio selló el destino de Tulio, que habría de caer a los pies de un joven en el que quiso ver «una esperanza para la República», y ello a pesar del coro de correspondientes que se mostraban críticos con este planteamiento (140-1; 145-6; 155). Por razones obvias, las *Filípicas* copan las siguientes páginas, mostrando de qué forma Cicerón se aplicó a la innoble tarea de alterizar a Antonio hasta hacer tolerables toda clase de transgresiones de la norma y la tradición, siempre que el objetivo fuese oponerse al cónsul y librar a la República del peligro de su tiranía. En defensa de una libertad que, de nuevo, se reduce a mero eslogan político, Tulio consigue crear un ambiente irrespirable donde se aborta cualquier posibilidad de lograr un acuerdo pacífico (143, 145): cínico pero a la postre acertado, Cicerón muestra una brutal clarividencia al recomendar en carta a M. Bruto la vía de la severidad, puesto que ellos mismos no podían esperar clemencia en caso de verse derrotados (145). El comportamiento de la «aristocracia suicida» (157) en estos meses se entiende mejor a la luz de este triste convencimiento, y es precisamente esto lo que ilustra la escalofriante conclusión que cierra el capítulo: las decisiones acometidas por los nobles en estos meses se vieron afectadas por un espeso miedo a la muerte, a la humillación y las represalias (161).

La muerte de Cicerón clausura el aparato narrativo del capítulo anterior, y con ella esperaríamos la conclusión de un libro que se justifica como narración subjetiva de la guerra civil según la experiencia de Tulio. Sin embargo, antes de llegar a las conclusiones encontramos un capítulo sexto donde se abordan los meses que transcurren entre diciembre del 43 y febrero del 40. Aunque hay detalles interesantes, como la caracterización «democrática» de Lucio Antonio (171; *vd.* nt. 17) o el análisis de las propagandas cruzadas acuñadas en este tiempo (169-171), esta es una sección curiosamente excéntrica dentro del libro, cuyo contenido se aparta del argumento principal y de la premisa bajo la que se justifica el propio volumen.

El capítulo 7 ejerce de heterodoxa conclusión, aunque también introduce en el volumen algunas reflexiones que López Barja ya había presentado en anteriores artículos de investigación y que redondean el conjunto de su obra. Aquí se aborda el significado histórico de la guerra civil desde una reflexión terminológica sobre los nombres que los Antiguos y los Modernos han tenido a bien aplicarle. Mientras que Salustio contemplaba la guerra como una dialéctica consustancial a la existencia de una comunidad, Cicerón y otros *optimates* la convierten en una enfermedad que es preciso sanar con el fuego purificador de la violencia (181-4). López Barja califica como «discurso de odio» este último acercamiento, y, en efecto, es un planteamiento que justifica la violencia y bloquea la reconciliación (184). Curiosamente, los Modernos hemos reproducido a nuestra peculiar manera esta polaridad, latente en la oposición entre «revolución» y lo que terminó por adoptar el nombre de «*Krise ohne Alternative*»: la primera opción, la de Syme, contempla la



posibilidad de la renovación social y el cambio político, y por tanto hace de la guerra una extensión de la discusión pública; la segunda reduce la guerra a una oposición absurda por el poder y la fuerza, crisis baldía en la que se extinguen la comunidad y su sentido (177-9). La misma oposición encuentra López Barja entre Foucault y Hobbes en el campo de la filosofía (184-7). Este es un capítulo de una originalidad extrema, que divertirá al lector interesado y proporcionará fértil sustento teórico a sus reflexiones. De una forma sutil, creo que recupera los principales temas suscitados en los capítulos anteriores: la discusión sobre los Antiguos, con sus diferentes narrativas, ilustra la existencia de una divergencia ideológica de base respecto a qué es la comunidad, quiénes son los agentes políticos y cuáles son los medios que pueden utilizar para promover el cambio; mientras que las parejas Syme/Meier y Foucault/Hobbes muestran los diferentes caminos a través de los cuales se legitima la violencia en un contexto de la guerra civil: ya sea para instaurar un proyecto social nuevo (Syme-Foucault) o para restaurar el orden (Meier-Hobbes), los conciudadanos deben transformarse en enemigos y darse muerte entre sí. Como indica López Barja en la última página, ambos hilos –ideología y violencia–, cruzándose aún con otros, debieron pesar en el ánimo de los seres humanos que vieron el final de la República y el sangriento amanecer de una nueva era.

Es hora de hacer balance. *Entre tiranos* es un gran libro, de lectura amena y que deja un poso en su lector. Apunta posibles vías de investigación, aunque no las agota –porque no es ese su objetivo–. El proyecto general es oportuno a nivel historiográfico, puesto que enlaza con la crisis del paradigma clientelar y con la decadencia de la lectura «profesionalizante» del ejército tardorrepublicano: las motivaciones de las personas son complejas, y las *Cartas* de Cicerón se muestran como una ventana abierta al mundo interior de un aristócrata y sus semejantes. En este punto, creo, cabe una única crítica importante. Debido a la fuente que se emplea como guía principal, el libro se centra sobre todo en la experiencia de la aristocracia, y si bien aprovecha todas las ocasiones para destacar la paralela experiencia de los grupos subalternos, nunca termina de dedicar atención pormenorizada a su experiencia. En concreto, las vivencias y motivaciones de los militares se ven oscurecida en este libro por la etiqueta de «ejército colonial» –muy reiterada: 47, 55, 58, 71, 72, 188–. Evidentemente, este es un eco de la historia contemporánea de España: el apartado titulado «¡Viva la muerte! El ejército colonial» no deja lugar a dudas.⁷ Se trata por tanto de un epíteto conceptualmente muy cargado que nos predispone, según mi opinión, a pensar que los soldados de los *imperatores* no tenían reparo en ejercer la violencia contra sus conciudadanos, y que la «soldadesca» tardorrepublicana obedecía ciegamente las órdenes de su general a cambio de la satisfacción de sus intereses más inmediatos. Esto es

⁷ Aunque curiosamente no se exponga en dicho apartado, el «ejército colonial» lo es, también, por su composición: según López Barja, «el mayor contingente del ejército colonial con el que César invadió Italia lo formaban reclutas cisalpinos, especialmente transpadanos, que obtuvieron, como recompensa a su lealtad, la ciudadanía para ellos y sus familias» (72, vd. tb. nt. 104 con la evidencia).

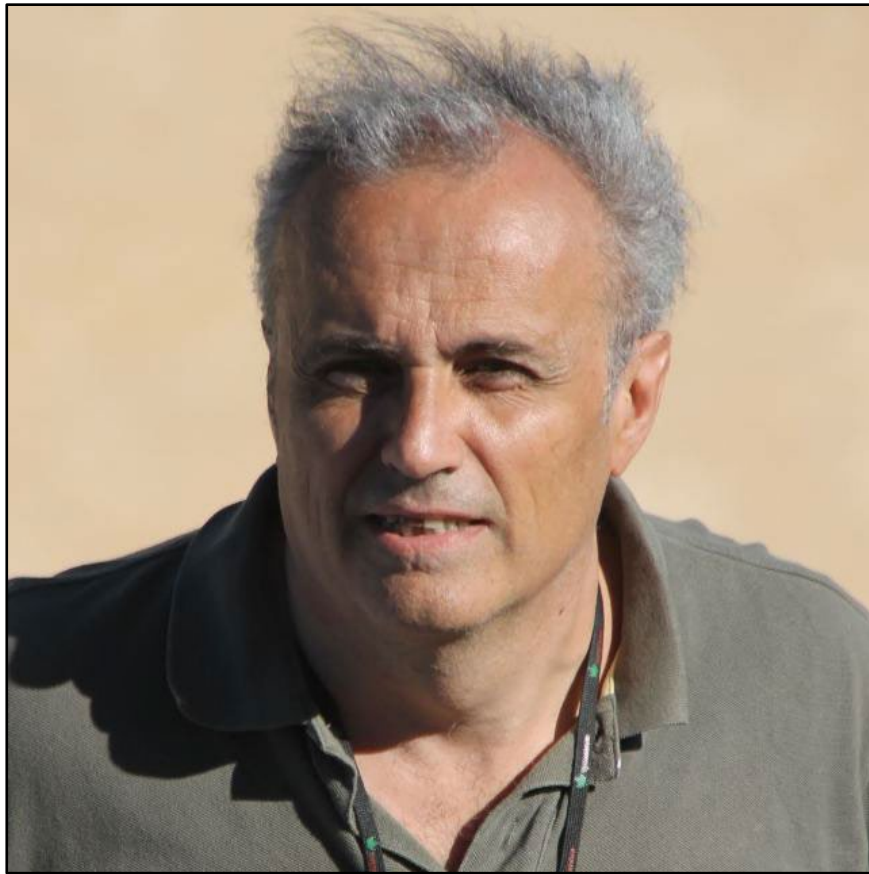


ni más ni menos que un eco de la imagen «apolítica» que Gabba y Harmand se formaron sobre las legiones tardorrepublicanas, una postura cuya genealogía remonta hasta Mommsen.⁸ La investigación reciente sobre el ejército del siglo I a.C. invita a pensar en el ejército como una extensión de la comunidad cívica, comprometida con semejantes valores y perfectamente capaz de una actuación asertiva en lo político.⁹ El propio López Barja enfatiza los esfuerzos de César para generar un discurso ideológico aceptable para sus tropas, cuya necesidad no se entiende si estas le seguían irreflexivamente cual horda de salvajes. Desde mi punto de vista, la etiqueta «ejército colonial» es un obstáculo epistemológico y el rastro de una simplificación de las motivaciones de los soldados de esta época, que –exactamente igual que Tulio– eran personas complejas con motivaciones complejas, dignas de ser exploradas igual que exploramos las de la aristocracia. Es obvio que hay una notable carencia de fuentes. Pero la investigación solo hallará el camino si no perseveramos en etiquetas que de hecho *sustituyen* a las preguntas que debemos plantearnos.

En todo caso, esta crítica no ensombrece en absoluto el valor de conjunto de un libro que tiene como premisa la necesidad de revalorizar la experiencia de quienes sufrieron las guerras civiles. Es precisamente porque comparto el planteamiento de forma plena que no me resigno a dejar a los soldados –y a otros colectivos subalternos– al margen de lo que, según hemos visto, puede hacerse para Tulio y su círculo: entender el modo en que la guerra civil les afectó, y el modo en que ellos mismos construyeron las leyes del conflicto. *Entre tiranos* señala el camino.

⁸ Harmand, *op. cit.* 413-4; 426; 480. Mommsen, que desprecia al ejército tardorrepublicano en general por su «falta de fidelidad a la patria» y «espíritu militar» (HR 4, 152-3) alaba, sin embargo, a las tropas de César por su valor y su maquinal obediencia ciega (HR 5, 60-65). El esquema es claro: el ejército decae desde la «reforma mariana» de 107, y solamente César logra interrumpir su decadencia y someter a los «mercenarios» a algo superior que ellos mismos. La actitud de Harmand hacia César y sus tropas, igualmente, ha sido descrita como «hagiográfica», dentro del paradigma hipercrítico desde el que enfoca al ejército proletario (C. Nicolet, «Jacques Harmand, *L'Armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*, 1967», *Revue des Études Anciennes* 71.1-2, 227). Sobrevive de este paradigma la «excepcionalidad» del ejército cesariano, que sigue siendo tan solo una extensión de la voluntad del jefe.

⁹ F. Cadiou, *L'armée imaginaire. Les soldats prolétaires dans les légions romaines au dernier siècle de la République*, Paris 2018; D. Machado, «Collective Military Resistance and Popular Power: Views from the Late Republic (90–31 BC)», *Journal of Ancient History* 8.2 (2020), 229-225.



Entrevista al Prof. P. López Barja de Quiroga
(Universidad de Santiago de Compostela)

Mayo de 2022

Su libro reivindica la complejidad de los seres humanos que protagonizan nuestras historias de la tardorrepública, a pesar de la habitual simplificación de sus impulsos que propugnaron los historiadores del siglo pasado. Volviendo la vista atrás, sorprende que un modelo tan deshumanizador pudiera imponerse, que durante décadas hayamos imaginado pasados protagonizados por seres humanos carentes de miedos, valores e ideologías –pero curiosamente provistos de codicia y ambición–. ¿Por qué hemos tardado tanto en cuestionarnos un modelo tan contraintuitivo, y cuál fue el impulso que le llevó a rebelarse?

Lo más curioso de todo es que la crítica a los planteamientos de Lewis Namier (que, como indicó Momigliano, coinciden en lo esencial con las de Syme) ya lo hizo de modo



devastador Quentin Skinner en un extenso artículo que apareció en *History and Theory* en 1969, pero en el ámbito de la historia antigua nadie se dio por enterado. Precisamente ahora Antonio Duplá y yo estamos preparando un monográfico para *Revista de Historiografía* sobre las lecturas de la crisis tardorrepública en el siglo XX. Es sorprendente el peso enorme que en ellas tuvo el pensamiento conservador, incluso ultraconservador (pienso en las inspiradas por el fascismo o el nazismo, Carl Schmitt en particular). Como lo vio con claridad Luciano Canfora, la visión dominante de la crisis de la República romana está marcada por la llamada «Teoría de las elites» de los inicios del siglo XX. Tanto Mathias Gelzer como Thomas Münzer suscriben la idea de que hay una «clase política», que es la que gobierna, a la que el resto de la sociedad (las «clases apolíticas» de Syme) le sirve de comparsa. Dicho con otras palabras: aunque todos estos historiadores proclamaran su voluntad de ceñirse estrictamente a las «fuentes», en realidad, las estaban mirando, como no podía ser de otro modo, a través de los prejuicios de su presente. Esta tendencia llega a su final cuando la amenaza del comunismo desaparece y el declive de la URSS se vuelve cada vez más evidente, pues a partir de ese momento puede volverse a plantear el papel de las clases populares en la historia, algo que hasta entonces era casi un coto vedado en la historia de Roma, con algunas excepciones, como Peter Brunt. La «History from below» entra con muchas dificultades en nuestra disciplina y se centra más en los esclavos que en «the Roman Mob», por citar de nuevo a Brunt. El moderno discurso sobre las identidades también ha contribuido a liberarnos un tanto de la opresiva obsesión por el «poder» tan característica del siglo XX. Lo que ahora a nosotros nos parece ceguera o miopía no era para los historiadores de entonces sino saber ver lo escondido, pero «real», por debajo de la hojarasca de la ideología: el historiador como barrendero.

Mi acercamiento a la guerra civil romana parte naturalmente del giro que supusieron los artículos de Fergus Millar, que situaron en el centro del debate la cuestión del papel del pueblo en la política tardorrepública. A partir de ese momento, tanto la política como la guerra dejaron de ser un juego más o menos abstracto para recuperar toda su humana y dolorida realidad. Me di cuenta entonces del valor de las epístolas de Cicerón, a menudo menospreciadas junto con su autor porque no encajaban en ese marco conceptual en el que la ambición de poder era el factor clave.

Encuentro francamente sugerente su discusión de las memorias paralelas, demócrata y *optimata*, que subsistían dentro de Roma. Me llama la atención, sin embargo, la desproporción en los medios a disposición de ambas partes. A duras penas pueden compararse las puntuales estatuas, altares o grafitos dedicados a los líderes democráticos con la ubicuidad de los monumentos a sus homólogos *optimates*. ¿La predominancia de la «huella memorística» *optimata* puede entenderse como evidencia de una hegemonía



cultural aristocrática, capaz de dificultar la construcción de discursos y memorias alternativas?

Aquí el peso de la obra de Christian Meier, *Res publica amissa*, ha resultado yo diría que asfixiante. Todavía hoy buena parte de los historiadores niegan la existencia de un discurso propio de las clases populares, pues consideran que predominaba lo que llaman «monotonía ideológica», es decir, que la visión optimista era la única posible. Tenemos, sin embargo, indicios de que no era así, de que, al menos, en el seno de la aristocracia convivían visiones contradictorias de la historia y el futuro de Roma. También fuera de ella, aunque nos sea más difícil reconstruirlas y debemos andar con mucho cuidado para no englobar todo lo que no es el Senado en una única categoría: el Pueblo romano, así, con mayúscula. El libro de E.P. Thompson sobre la formación de la clase obrera en Inglaterra debe advertirnos contra tales peligros: a veces las personas a las que agrupamos en una misma clase social ni siquiera eran capaces de entenderse entre sí porque no hablaban la misma lengua. El excelente libro de Vanderbroek con su concepto de «líderes intermedios» es un buen punto de partida que no ha tenido continuidad. Hace años propuse la categoría de «formaciones sociales de clase» (tomada del sociólogo E.O. Wright) porque era útil para recoger la diversidad que anidaba en la plebe romana. Desde entonces, sigo interesado en los mecanismos que había para articular algunas de esas iniciativas, como los *magistri uici*, o, en el plano electoral, los *diuisores*. También los templos y el culto podían desempeñar en ocasiones esa labor aglutinante y de formación de opiniones y vehículo de información. El libro de Courrier sobre la plebe de Roma es una notable aportación, pero queda mucho camino por recorrer. Como él señala, las *frumentationes* desempeñaron un papel similar al *misthós* ateniense, liberando tiempo que la plebe de Roma podía dedicar a defender sus intereses en las *contiones* y *comitia*. Con todo, debemos tener presentes también las consideraciones de James Scott sobre lo que él llamó «hidden transcripts», es decir, que, en presencia de personas poderosas, los humildes no hablan con libertad, esconden sus verdaderas intenciones.

En relación con la memoria de conflictos pasados, no puedo dejar de preguntarme hasta qué punto esta cuestión tuvo una influencia real a la hora de determinar las actitudes de la aristocracia en el conflicto venidero. Precisamente porque la violencia permite secuestrar voluntades, tiendo a pensar que cuando se desenvainan las espadas son pocos los que pueden mantenerse fieles a su compromiso con los mártires del pasado o su ideología –su libro recoge varios casos concretos que se adaptan a este modelo. Y sin embargo, comparto plenamente que la polarización prebélica no se entiende sin valorar la influencia del pasado y el peso de las tradiciones ideológicas. ¿Hay una contradicción aquí, o ambas cosas son compatibles?



Syme se burlaba de las invocaciones a la libertad por parte de los tiranicidas, considerándolas «palabras vacías» que escondían, en realidad, la defensa de ciertos intereses. Sin embargo, parece claro que a Bruto le iba muy bien a la sombra de César, asesinarlo no fue, desde luego, la mejor forma de continuar su carrera política. En su caso, su decisión de arriesgar la vida estuvo determinada por un odio profundo a la tiranía, sobre esto creo que caben pocas dudas. Al mismo tiempo, otros muchos adoptaron posiciones más prudentes o cobardes. Quiero decir, pues, que las respuestas fueron, como cabía esperar, enormemente variadas.

La experiencia de Tulio sirve de guía al libro, y funciona como base para una reflexión sobre la experiencia de la guerra civil. Supongo que esta pregunta es predecible, pero me sigue pareciendo interesante: ¿qué grado de representatividad concede a lo que Tulio y sus correspondientes expresan? ¿Cómo de diferente sería la experiencia de un individuo carente de los recursos financieros y de los contactos con que podían contar los aristócratas?

Aquí se esconde un peligro. Ante el hecho innegable de que corremos el riesgo de verlo todo a través de los escritos de Tulio se ha caído a veces en el extremo de menospreciarlos o no tenerlos en cuenta. No contamos con nada comparable, pero al menos contamos con ellos, es decir, con el testimonio casi día a día de sus cavilaciones, temores y esperanzas. Además, se da la circunstancia de que Tulio nunca estuvo al mando de nada durante la guerra civil del 49-45 a.C. y puede, por tanto, darnos una idea aproximada del proceso por el que pasaron otros aristócratas como él, que no estaban en primera fila, alguno de los cuales intercambiaron cartas con él en esos terribles días. Ahora bien, la experiencia, ambiciones o expectativas de los hombres y mujeres que no pertenecían a la aristocracia tuvieran que ser completamente diferentes.

En la línea de lo anterior, la guerra antigua es un mundo plagado de colectivos silenciosos, cuyos silencios merecen ser escuchados. En este sentido, le preguntaría por la experiencia de la guerra que pudieron tener las mujeres –Fulvia aparte– y los provinciales, dos colectivos privados de agencia para intervenir directamente en política, pero cotidianamente alcanzados por el conflicto.

Darse cuenta de esto es algo absolutamente esencial. Aquí tal vez la arqueología pueda darnos algunas respuestas, a través sobre todo de la osteoarqueología, que nos haga ver (como en el caso de los esqueletos del foro de Valencia), de modo directo, el rastro de la



violencia. La epigrafía nos sirve de poco, aunque contamos con textos espléndidos como la llamada *Laudatio Turiae*.

El miedo está muy presente a lo largo del libro. Curiosamente, su apreciación de la importancia del miedo –y de la violencia instrumental, desde el punto de vista de quienes lo usan como arma– coincide con una aparente crisis de los estudios tradicionales de historia militar. Este movimiento historiográfico me provoca sorpresa: sabemos que la guerra altera el comportamiento, pero tendemos a alejarnos de los estudios operacionales que nos darían la medida de la exposición a la violencia de diferentes colectivos. Usted mismo lo expresa claramente cuando denuncia la imagen de «partida de ajedrez» que nos hemos formado sobre la guerra de César y Pompeyo. ¿Es preciso que disolvamos la artificial división entre «historia militar» e «historia política»? ¿Qué cree que podría aportar la primera, despojada de su tradicional fetichismo militarista, a la historia de la tardorrepublica?

Es una división, en efecto, completamente artificial. Como es sabido, François Cadiou ha desmontado la reconstrucción dominante de los ejércitos de las guerras civiles, que, según defendieron Emilio Gabba y otros, habrían estado integrados por *proletarii*, ciegamente leales a sus comandantes para conseguir lo que ansiaban, es decir, botín y un lote de tierra. Al rechazar esta reconstrucción, devolvemos al soldado romano su capacidad de decidir. Los *Comentarios sobre la guerra civil* de César son, a la vez, un relato militar y un panfleto político. Con ellos, quiere convencer a su audiencia de que, si bien los jefes son pompeyanos, los soldados y los centuriones están de su parte. Por eso la figura del centurión Crastino ocupa un lugar esencial en el relato: la promesa que César hace al tomar Corfinium –recuperar la libertad del pueblo romano y la propia *dignitas* de César– se va a cumplir en Farsalia. Aquí el «soldado romano» figura como metáfora del ciudadano, porque como lo mostró de modo maravilloso Claude Nicolet hace años en un libro por desgracia aún no traducido al español (*Le métier de citoyen*), el soldado romano es también un ciudadano, un rasgo singular que le dotaba de enorme fuerza, porque contaba con su voto en la asamblea, con su voz en las *contiones*.

Me cuesta aceptar el uso de la etiqueta «ejército colonial» para referirnos a las tropas de César. Según mi opinión, las connotaciones de este término y su propia historia pueden dificultar la indagación en el comportamiento de este ejército. Sin embargo, veo que es una parte importante de su interpretación de las guerras civiles –la precondition de las mismas, según expresa en la conclusión–. ¿Cuáles son, para usted, las virtudes y los defectos, si los hubiere, de esta etiqueta?



Es importante señalar que «ejército colonial» no significa «soldadesca» ni mucho menos. El ejemplo obvio es el ejército de África con el que Franco inició la guerra civil: era un ejército colonial que estaba también fuertemente ideologizado. El término, a mi juicio, es útil porque ayuda a entender algo muy importante: que sin ejércitos es muy difícil que haya una guerra. Podremos tener revueltas campesinas, bandas terroristas o la Comuna de París, pero no una guerra. Tiene también otra virtud, que es la de establecer vínculos entre guerras civiles tan alejadas en el tiempo como la española de 1936 y la de César. No con el fin de equipararlas, sino para darnos cuenta de que ambas se engloban dentro de una misma categoría, la de «guerra civil», un concepto magníficamente analizado por David Armitage. Por último, el adjetivo «colonial» pone de relieve que la guerra tuvo también como uno de sus ejes ideológicos la cuestión de la ciudadanía, el enfrentamiento entre la visión *optimata*, partidaria de la exclusión, y la democrática, que defendía la apertura a los cispadanos, hispanos, etc. Como defectos, cabe pensar que, todo término más o menos provocador, ofrece el flanco a la crítica. Resulta más prudente y seguro resguardarse en el latín o en el griego. Por mi parte, sin embargo, creo, como Mommsen, en las virtudes del anacronismo, administrado, como el vino, moderadamente.

El último capítulo muestra la dificultad de definir la guerra civil, y las conceptualizaciones diferentes que respecto a la misma se hacían *populares* y *optimates*. Más allá de las representaciones que eligieron hacer de sus respectivas causas, ¿cree que estos discursos tuvieron un efecto en las prácticas que aplicaron a la hora de luchar? ¿Hay un modo *optimata* de hacer la guerra, por oposición a uno *popular*?

La verdad es que es una cuestión que nunca me he planteado. En el libro indico que había dos concepciones diferentes del cambio constitucional, de cómo se originaba la *stasis* y, a la postre, la guerra civil; también creo que había diferencias claras en cuanto a la ciudadanía y entiendo que lo mismo puede suceder también en relación con otros temas. Una vez que dejamos de entender la ideología como hojarasca y empezamos a tomárnosla en serio (lo que no significa olvidarse de muchos otros factores, como la ambición o el miedo), se abre un enorme campo por explorar, tal vez en relación con la idea de *bellum iustum*, que puede estar sujeta a interpretaciones contradictorias.

Creo que el libro enlaza con un movimiento historiográfico mayor, tendente a cuestionar los grandes paradigmas que han estructurado nuestra visión de la tardorrepublica en el último siglo. ¿Adónde cree que nos encamina esta tendencia? Según su opinión, ¿qué caminos se recorrerán en los años venideros?



El historiador es hijo de su tiempo, lo cual significa que continuarán impactando las visiones desde el feminismo, o las reflexiones en torno a la guerra, especialmente relevantes ahora en un momento de militarismo renovado. En EEUU, el problema racial es especialmente agudo y lo que se debate es cómo abordar un estudio del pasado clásico que destierre las visiones «blancas» y eurocéntricas. Me atrevo, con todo, a hacer una previsión más concreta: la necesidad de articular una revisión del concepto de democracia, en respuesta al desafío a nivel global planteado por la extrema derecha, que, una vez más, apela a legitimidades plebiscitarias (vía twitter, por ejemplo) y que querrá encontrar precedentes en la Roma republicana (como los ha buscado ya de manera muy explícita en Esparta, según vimos en las imágenes del asalto al Capitolio el 6 de enero).

Me gustaría concluir preguntándole acerca del valor de la comparación cuando se trata de pensar la guerra civil, y, a la inversa, de las lecciones que podemos aprender de ese pensamiento en paralelo. ¿Qué le dicen las guerras civiles contemporáneas sobre la historia de Roma, y a la inversa, qué le sugieren estas sobre nuestro pasado reciente?

Contra una tendencia, a mi juicio, excesiva por privilegiar lo contemporáneo, pienso con Norbert Elias, que todos los periodos históricos resultan por igual estimulantes y dignos de estudio para el hombre de hoy. No en vano, el grupo de investigación al que pertenezco se llama *synkrisis*, es decir, «comparación», porque el historiador siempre compara, ya lo haga explícitamente o no, y por esa razón, cuanto más amplio sea el espectro que utilicemos mejores serán los resultados. La guerra civil es, en última instancia, un camino para reflexionar sobre el concepto de comunidad política, en el que la diferencia entre las sociedades pre-estatales (como la antigua Roma) y las estatales es ilustrativa, por ejemplo, en cuanto al concepto de «guerra justa», imbricado en el territorio, si partimos de la noción de Estado. Así, una guerra civil «a la romana» puede librarse en África o en Grecia, porque el elemento definidor no es el territorio sino la ciudadanía.

Muchas gracias, profesor López Barja, por su tiempo y su atención.



Documento registrado en Biblos e-Archivo, repositorio institucional de la Universidad Autónoma de Madrid:
<https://repositorio.uam.es/handle/10486/702535>

© 2022 SEOA

© 2022 David García Domínguez (reseña y preguntas)

© 2020 Pedro López Barja de Quiroga (respuestas y fotografía)



Esta obra está bajo una [licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

Citación del trabajo: David García Domínguez: “En el diván de las lealtades divididas”, *Diálogos con obras y autores. Seminario de Estudios del Occidente Antiguo (SEOA-UAM)*, 2022.
<https://repositorio.uam.es/handle/10486/702535> [Fecha de consulta: dd/mm/aaaa]

Accesible en la [página web del SEOA](#) (Diálogos con obras y autores)